

(CUATRO PLIEGOS)



# EL ANILLO DE ZAFIRA

LEYENDA FRANCESA DEL TIEMPO DE CARLO-MAGNO

DESPACHOS:

**MADRID**  
Hernando, Arenal, 11.

**BARCELONA**  
Bou de la Plaza Nueva, 13



2.59.896



# EL ANILLO DE ZAFIRA.

---

## CAPÍTULO PRIMERO.

En que se refieren los amores de Carlo-Magno y Zafira, como esta fué á visitar á una maga para que la dijese si podia estar segura de los amores de Carlo-Magno.

En el año de 780, despues del famoso y general bautismo de los sajones, el ilustre Carlo-Magno, quiso ver el Tiber y el suelo feliz de Italia; pero aquel noble Emperador, siempre invicto en la guerra, quedó en Roma prisionero entre los brazos de una hermosa jóven llamada Zafira, demostrándose de este modo, que el amor rinde á los más esforzados capitanes y vence á los más valerosos caudillos. La hermosa romana era célebre no solo por su peregrina belleza, sino tambien porque habia estudiado las ciencias ocultas, los secretos de la magia y las artes maravillosas.

Por esta causa, los soldados de Carlo-Magno decian que habia alcanzado el amor del Emperador merced á sus hechicerías y encantados filtros que le habia dado; pero de todos modos, bueno es advertir, que Zafira, por su extraordinaria hermosura y sus infinitas gracias, podia inspirar amor desde el más humilde al más elevado, pues no hay mayor encanto ni hechizo para ello que poseer un hermoso rostro, una gran discrecion y un carácter dulce y apacible, cualidades todas que Zafira reunia en grado superlativo.

Carlo-Magno estaba loco de amor por la hermosa italiana hasta el punto que de buena gana se hubiera quedado á residir allí; pero sus deberes de conquistador y jefe de un pueblo grande y poderoso le impedían consagrarse á sí propio y determinó dirigirse al Bravante, llevándose á la beldad que tanto le habia impresionado.

Ignorante de esta resolucion, Zafira que vió los preparativos de marcha, preguntó á un soldado lo que todo aquello significaba y entonces fué cuando supo que su adorado amante Carlo-Magno habia dado la órden de marchar al dia siguiente hácia el Bravante.



Triste y llorosa se fué hácia su pobre casa la infeliz Zafira, mesándose los cabellos y llena de dolor viendo cuán breve había sido su dicha, pues demasiado comprendía que por la elevada gerarquía de su amante y además por estar casado con Hildegarda no era posible que la llevase con él.

Después de un rato en que su pena pudo desahogarse con abundantes lágrimas y como si de pronto le hubiera ocurrido una idea feliz, procuró serenarse, y saliendo de su casa, al oscurecer, visitó allende el Tíber una humilde y mísera cabaña, donde vivía una vieja profetisa, que leía en las rayas de las manos el porvenir de las personas que le consultaban, y además disponía á su antojo con ciertas yerbas encantadas del poder, de la fortuna y de la gloria.

Anhelante y temblorosa la bella Zafira, porque el dictámen de la hechicera no fuese favorable á su deseo, se presentó á ella preguntándole tímidamente si la amaba Carlo-Magno.

La vieja, que tenía el más repugnante aspecto que imaginarse puede, se la quedó mirando un gran rato, y después de consultar unos mugrientos pergaminos y ver la dirección que tomaban las espirales de humo producidas por un yerbajo que arrojó sobre unas ascuas, le contestó que el ilustre rey de los galos estaba loco de amor por ella y que la imagen de su amada estaba fijamente grabada en su corazón.

Volvió la calma al de Zafira con estas noticias, y queriendo asegurarse más, preguntó de nuevo si conservaría por mucho tiempo el amor del Emperador, á lo cual la vieja profetisa contestó enseñándole un hermoso anillo que brillaba entre los negros dedos de la hechicera, que lo conservaría tanto tiempo como poseyese el anillo y con él el precioso don que encerraba.

Zafira se quedó absorta contemplando aquella hermosa joya, de cuya posesión dependía su dicha. Era una sortija de oro con una piedra muy rara, que en la oscuridad lanzaba brillantes rayos como si fuera un lucero; y preguntando la enamorada jóven, qué joya fuese, la hechicera le respondió con gran pausa que era un maravilloso anillo que en otros tiempos había pertenecido á la reina Cleopatra.

—Ved por qué—dijo—una egipcia tan fea, negra, pequeña y flaca, fué tan adorada y querida del gran Antonio, y por qué este sintió por ella un fuego amoroso tan grande, que su llama no pudo ser apagada por los mares, cuando á ellos se arrojó.

Zafira se quedó admirada con el relato, y la profetisa continuó diciendo:

—Juzgad por lo que os he referido cuán grande es su poder y más cuando sepais que sus virtudes aumentan cuando está al servicio de mujeres hermosas y jóvenes cual sois vos, y no cuando como ahora pertenece á una vieja tan arrugadita y fea como yo soy.

Este anillo—continuó diciendo—se formó de oro puro, y el gran papa Adriano, con celeste y santa inspiracion le bendijo, y de ahí arrancan todas sus virtudes, de las cuales jamás podrá vencer el demonio, por muchas y grandes que sean las sugestiones que haga para lograrlo.

Despues de la batalla de Cannas, fué á poder de Aníbal, quien lo recibió envuelto entre infinidad de joyas que formaban el botin de guerra, y de todos los anillos que le presentaron en una bandeja sólo quiso conservar el de Cleopatra, y desde entonces empezó á prosperar en la guerra y en sus conquistas; pero un dia lo perdió y se eclipsó su estrella, sus soldados le vendieron y sus armas fueron humilladas y vencidas.

Zafira entró en deseos de adquirir el preciado anillo y convenida en el precio, que consistió en dejar á la hechicera por dueña y señora de su casa y bienes de Roma, dijo la vieja entregándoselo:

—Tomad este anillo, talisman de gloria y fama, que en vuestras manos está llamado á ser rico tesoro de esperanzas y de amor. Con él sereis dichosa, bella, adorada, poderosa y grande; vereis satisfechos todos vuestros afanos y nadie podrá abatiros, y como os llamais Zafira, y dá la casualidad que la piedra engastada en el anillo es un precioso zafir, á todas las anteriores ventajas se agrega el de que vuestro recuerdo os sobreviva, por cuya razon debeis guardarlo, y cuando la muerte llame á vuestras puertas, debeis colocaros el anillo en la boca y disponer que con él os entierren y de este modo el gran Emperador Carlo os amará tambien despues de muerta.

Satisfecha con estas explicaciones, Zafira tomó el anillo, le contempló con amoroso éxtasis y lo besó con arrobamiento, notando entonces con placer que no se empañaba con el aliento. Púsole en sus dedos, y soñando dichas y venturas, se despidió de la profetisa ratificándose en su palabra de cederle todas sus rentas y bienes á cambio de la preciosa joya.

## CAPÍTULO II.

Como Carlo-Magno en una cacería fué sorprendido por un búfalo, siendo librado por Zafira de una muerte cierta, en premio de lo cual fué admitida en la corte del Emperador.

Muy bella era Zafira antes de poseer el anillo, puesto que sin él habia alcanzado el amor del poderoso rey de los galos, pero mucho más lo estuvo despues, pues no parecía sino que la preciosa joya tenía



el don de aumentar la hermosura de las mujeres que la poseían. Así fué que cuando Carlo-Magno la vió no pudo contener una exclamacion de gozo, y juró amarla hasta morir, dando al olvido á la reina Hildegarda, de la cual habia tenido seis hijos.

Por esta causa Carlo-Magno, en su expedicion á Bravanto, llevó consigo á la hermosa romana, que no se separaba de él ni á sol ni á sombra, y le acompañaba á todos los sitios que iba. En estas escursiones emplearon algun tiempo, siendo los dos muy felices con su amor.

Mientras tanto, en la poblacion de Aix, que entonces no tenia la majestuosa grandeza que despues alcanzó con su Basilica suntuosa, sus mosaicos, muros, bronces, mármoles y jaspes, vivía tranquilamente la reina Hildegarda, en un castillo mandado hacer por el rey Pipino.

Era Hildegarda una reina de porte muy majestuoso, de arrogante presencia y muy altiva para mandar. Ignorante de la pasion que su esposo sentía por la romana, pasaba sus dias en plácida calma, bien agena de que el Emperador, partiendo en dos su alma, la tenía olvidada por una hermosa rival.

Se acercaba por momentos la época del regreso de Carlo-Magno. Un dia, de repente en el patio del palacio se oyen voces y pisadas, gran ruido y algazara. Era que llegaba el Emperador con todo su cortejo de soldados, pajes, guardias y acompañamiento de ilustres guerrilleros. Apeóse del caballo y fuese derecho al camarín de Hildegarda, diciendo:

—Ya estoy de vuelta, esposa amada, sin tropiezos ni peligros, gracias á la proteccion del Dios Todopoderoso que guia mis pasos por el camino de la victoria. Nuestro buen hijo Pipin, bautizado por el Papa, recibió la uncion real con la bendicion del ilustre padre de la Iglesia; y Luis, otro de nuestros amados hijos, rey de Aquitania, recibió igual beneficio por disposicion del cielo. Gisela, la más niña, fué sacada de pila por el docto obispo de Milan, y al gran duque de Baviera envié mis embajadores, que me aseguran está dispuesto á seguir prestándome obediencia. Hé aquí todo lo más principal de mis gestiones, añadió Carlo-Magno, y volviéndose á sus caballeros les dijo: —«Ilustres señores, no se entorpezcan en la ociosidad nuestros brios; tras la misa, sin más pausa, vestidos así cual vamos, parlaremos de cacería á los vecinos bosques »

Como sus ilustres antepasados, Carlo-Magno usaba el traje de franco, camisa y calzon de lino y la túnica apretada y sujeta con un cinturón de cuero, del que pendía su espada. Los piés los llevaba calzados con sandalias, cuyas largas correas le subían por las piernas; sobre los hombros llevaba el manto azul de los Emperadores galos. Con este traje se partió á la cacería con gran disgusto de sus servidores, que más hubieran deseado ir á reposar de las penalidades del viaje que correr por el soto detrás de la caza; pero

el Emperador lo había mandado, p nvenir así á sus fines particulares, y no había más remedio que obedecer.

Esta cacería tan de improviso dispuesta, chocó á todos y principalmente á la reina Hildegarda, que cuando se vió sola se puso á pensar en ello sin poder atinar por qué razon, Carlo-Magno, sin quitarle á los vestidos el polvo del camino, se aventuraba nuevamente en correrías, en vez de pedir dulce reposo á los amantes brazos de su esposa. Entre las personas que ordinariamente formaban el acompañamiento de la reina, figuraba un jóven clérigo llamado Gaulo, pretendiente de una mitra, y que todas sus aspiraciones las concentraba en alcanzar un báculo.

La reina, que estaba impaciente con la cacería del emperador, se dirigió á Gaulo y le dijo, que si le servia con perseverancia y celo, pediría para él á su esposo la primer sede vacante. Con esta promesa Gaulo se puso á disposicion de Hildegarda, y esta le dijo que necesitaba saber todo cuanto en la cacería ocurriese, pues le barruntaba el corazon que algo de extraordinario tenia que suceder. Gaulo, que sabia muy bien que el anciano obispo de Rinberg estaba enfermo de gran peligro, y juzgándose ya en posesion de esta prebenda, prometió á Hildegarda complacerla en lo que deseaba saber, y partió á la cacería lleno el corazon de gratas esperanzas.

A su regreso, tuvo una entrevista con la reina, y le dió cuenta del desempeño de su misión en los siguientes términos:

—El emperador, señora, guiado de su ánimo esforzado, se aventuró en lo más profundo de las selvas en persecucion de un enorme búfalo sin que sus gentes pudieran seguirle. Viéndose el animal detenido por los espesos matorrales que le cerraban el paso, retrocedió en el momento que Carlo-Magno, ageno al peligro que amenazaba su vida, estaba á gran distancia de sus gentes, las cuales en vez de correr en auxilio de su señor, retrocedieron espantadas, y solamente una hermosa amazona, que sin duda se hallaba casualmente por aquellos sitios, le prestó auxilio.

—¿Una amazona? preguntó con sobresalto Hildegarda; y ¿es muy bella?

—Tan bella, respondió Gaulo, que solamente puede ser comparada con el crepúsculo de la mañana. Ya el espantoso animal se disponia á devorar al Emperador, y éste, desenvainada la espada, le aguardaba á pié firme; el mónstruo esquiva el golpe, se retira y se prepara á acometer, arrojándose sobre Carlo-Magno, rompiéndole el calzado é hiriéndole en una pierna. En este momento, la hermosa amazona dispara su venablo sobre el búfalo, se lo clava en la cerviz y lo mata.

Las gentes del emperador llegan, y al ver herido á su señor procuran curarle, pero él con ánimo esforzado exclamó:

—Todos quedos, dejad ensangrentada la pierna para que así la



vea mi dulce esposa Hildegarda. La reina al escuchar esta relacion se conmovió mucho, y preguntó atanosa por el estado de su esposo, y Gaulo añade:

—Ningun peligro amenaza al presente los dias del Emperador; su herida es leve, y todas las consecuencias han quedado reducidas á una ligera cojera, mientras el búfalo queda muerto; pronto tendreis la satisfaccion de abrazar á Carlo-Magno, y adornar el vestibulo de vuestro palacio con la arrogante y fiera cabeza del monstruo, cuyas agudas y duras astas pueden servir de perchas.

Segun estaba el clérigo diciendo esto, apareció en la puerta de la sala el Emperador, que iba cojeando y se apoyaba en el hombro de Meginfrel, su primer chambelan, y detrás venian los paladines, maltrechos y sudorosos, con las ropas maltratadas. Carlo-Magno, sonriendo al ver sus trazas descompuestas, se los mostró á Hildegarda diciendo:

—¡Hombres de oro! Con sus trajes de ceremonia y sus galonados agremanes parecen figuritas de un retablo. ¿Cuánto mejor no es ir vestido como yo, con telas frescas y humildes? El hombre que ha de dejar á la posteridad nombre y fama duraderos, solo debe cubrir su cuerpo con lino, hierro y lana.

Entre tanto, una graciosa, jóven y bella mujer, en actitud contemplativa, se hallaba apoyada en el dintel del salon; detras de ella dos esclavos persas, llevan sobre una tabla la horrenda cabeza del búfalo, coronada de astas. Hildegarda al ver estos despojos, recordando el peligro en que se habia visto su esposo, dió un grito de horror. El Emperador, entonces, mostrando á Zafira, que no era otra la hermosa jóven que en el dintel se hallaba, dijo:

—¿Y qué merece la beldad que con tanto arrojo me ha librado del peligro de acabar mis dias entre las garras de la fiera?

Subyugada Hildegarda por el heroismo de Zafira, exclamó:

—Merece mi agradecimiento y mi amistad. Y precipitándose al cuello de la romana la cubrió de besos y abrazos. Mucho regocijó al Emperador esta noble conducta de su esposa, y desde aquel dia Zafira residió con ellos en el palacio, en premio á su arrojo y heroismo, por haber librado al ilustre Carlo-Magno de una muerte segura.

Como se vé, el anillo mágico, empezaba á producir sus efectos maravillosos

### CAPÍTULO III.

**Cómo Hildegarda pidió prestado á Zafira el anillo, y cómo ésta le dió otro, y la extraña y terrible aventura que la ocurrió con él á la reina.**

Como si hubieran sido amigas de toda la vida Hildegarda y Zafira se profesaban un gran cariño; pues la reina, en gratitud de que la romana habia salvado á su esposo de un peligro de muerte, procuraba demostrar su agrado, y Zafira, por el temor de que sus amores con Carlo-Magno fuesen descubiertos, hacia todo lo posible por conquistarse el aprecio de su rival. Así pasaron mucho tiempo sin que la menor sombra de discordia turbase la paz de sus corazones.

El Emperador procuraba tambien por su parte no dar ocasion para que los celos de Hildegarda se despertasen, y organizaba muy á menudo grandes cacerías, que no eran otra cosa que pretextos para estar á solas con su adorada Zafira. Muchas veces, en lo más profundo de las selvas ó entre rocas y breñas inaccesibles, se veian los dos amantes y eran felices entregándose á su amor en medio de las maravillosas grandezas de la creacion.

A pesar de esto, Zafira no estaba completamente satisfecha. Sabia muy bien que Hildegarda tenia un derecho más legítimo que el suyo á poseer el amor del rey de los galos, y esto la entristecia, pues hubiera querido que su amor por Carlo-Magno pudiese ser proclamado á la luz del sol, á la faz del mundo, sin necesidad de ocultarlo á las miradas de todos.

En vano Carlo-Magno pretendia disipar sus tristezas, y Zafira se consumia en una pena lenta que poco á poco se iba apoderando de su corazon, hasta el extremo que enfermó de melancolía.

Mucho afligió á Hildegarda la enfermedad de su buena amiga, y mandó que los mejores médicos y astrólogos la visitasen y no se separaba de su cabecera; pero como la enfermedad de Zafira no era del cuerpo, sino del alma, se esforzaba por sanarla, pues nada podia aliviarla mejor que la vista de Carlo-Magno, á quien tan tiernamente amaba.

Además del anillo de la hechicera, tenia Zafira otro con una piedra envenenada, de modo que la menor herida ó rasguño que se produjese con él producía la muerte. Este anillo lo habia heredado Zafira de un tio suyo, napolitano, famoso nigromante, que se lo habia dado por si alguna vez se veia en trances peligrosos, y recordando ella su funesto poder, le entraban de vez en cuando ardientísimos deseos de envenenar á Hildegarda y ocupar despues su

puesto; pero Zafira era buena, y tantas veces como este horrible pensamiento se le había presentado en la imaginación, otras tantas lo había desechado valerosamente con la mayor nobleza.

Un día Hildegarda pasó á la cámara de Zafira donde esta se hallaba enferma, con objeto de visitarla y consolarla, y como Zafira tenía las manos fuera del lecho, tuvo ocasión de ver los dos anillos, quedando sumamente prendada de su limpidez y hermosura.

Zafira, que no le tenía ódio ni mala voluntad á Hildegarda, sino una envidia pacífica, le explicó la virtud de aquellos anillos, pero trocándolos, es decir, atribuyendo al de la hechicera la virtud mala de envenenar, y diciendo del otro sus portentosos efectos para poseer el amor, la fortuna y la gloria.

Con esta explicación entró Hildegarda en deseos de poseer los anillos, pero Zafira le dijo que por nada del mundo se había de deshacer de ellos, pues los tenía en mucha estima. Resignóse Hildegarda y queriendo experimentar la virtud del anillo de la hechicera, suplicó á Zafira se lo prestase por unos días, con promesa de devolvérselo, y Zafira accedió, dándole el de la piedra envenenada, pero advirtiéndole que tuviese gran cuidado en no herir á nadie con él, porque entonces se destruiría su virtud. Prometiolo Hildegarda y fuese muy satisfecha con el anillo malo, creyendo que tenía en su poder el precioso talisman que aseguraba el amor, la fortuna y la gloria.

Había entre la alta servidumbre de capitanes de Carlo-Magno, un gentil y apuesto oficial de la guardia real, que siempre había tenido para la reina Hildegarda tiernas miradas y cortesanías finas que habían llamado la atención de la emperatriz. Queriendo Hildegarda probar la virtud del anillo, y al mismo tiempo asegurarse del amor que por su adorado Carlo-Magno sentía, discurrió experimentar en el dicho oficial, y una de las veces que como tenía de costumbre le prestó homenaje y le saludó, le hizo un signo de inteligencia para que se quedase.

—He observado, dijo Hildegarda al oficial, que hay en vuestros ojos algo que atrae, como el imán, y solo por esta circunstancia deseo protegeros. Influiré con el Emperador, para que os distinga y os haga avanzar en vuestra carrera.

El oficial hizo una gran reverencia, y al retirarse la reina le dirigió una profunda mirada, que parecía brotarle del corazón, según lo ardiente y fija que en el joven militar se había clavado.

Verdaderamente el propósito de la reina Hildegarda no era el de enamorarse de ese gallardo oficial, sino el de ver si podía experimentar en él las virtudes del anillo que Zafira le había prestado, y al mismo tiempo, si producía efecto, tener el placer de que el Emperador se encelase, lo que sería indudablemente la mejor prueba de la firmeza de su amor, dado que sin celos no puede ha-

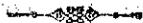
per amor. Firme en estos propósitos, la reina Hildegarda, bien agena de que tenia en su poder un talisman de muerte, seguia ejerciendo en el oficial una influencia cada vez más creciente, en términos que el jóven militar concluyó por creer en la pasion de Hildegarda, felicitándose á sí mismo por haber merecido las atenciones de su reina.

Creia esta que todos aquéllos resultados consistian en el anillo de Zafira, cosa que no era cierta, porque lo que habia hecho llamar la atencion del oficial eran las miradas ardientes y los ademanes expresivos de Hildegarda, que llevaron al ánimo del militar el convencimiento de que la reina le amaba, cosa que tampoco era cierta, puesto que lo que Hildegarda queria era saber si el anillo producía los efectos anunciados.

Creciendo este funesto error en ambos, llegaron hasta el extremo de verse con frecuencia á solas, y en una de estas entrevistas, deseando Hildegarda llevar hasta el límite los efectos maravillosos del anillo, tomó amorosamente la mano del oficial y la hizo en ella un pequeño rasguño con la sortija. Al poco rato, y cuando más distraidos estaban en sus pláticas de amor, el oficial empezó á ponerse malo, en tales términos, que no le dió tiempo á salir de la cámara de la reina, donde espiró en menos de cinco minutos entre horribles y extrañas convulsiones.

Aterrada quedó Hildegarda ante aquel triste resultado y comprendió, aunque tarde, que la advertencia de Zafira respecto á que no era bueno herir con el anillo, era por desgracia suya muy cierta, puesto que como herido de un rayo, habia caído á sus piés el infortunado oficial; pero si esta desgracia era grande, no era menor la de que hubiése ocurrido el terrible lance dentro de su cámara, circunstancia que le comprometía mucho, pues todo el mundo se preguntaría qué habia ido á hacer allí el oficial.

Hildegarda, con gran serenidad de ánimo, y comprendiendo la gravedad de las circunstancias, ocultó ella misma el cadáver, arrastrándolo hasta ponerlo detrás de un mueble, á fin de evitar que su esposo pudiera encontrarle allí y creer lo que no habia ocurrido, es á saber, que la reina le habia sido infiel.



## CAPÍTULO IV.

De lo que Hildegarda hizo con el cadáver de su amante y del gran incremento que tuvieron los amores de Carlo-Magno y Zafira.

Llegada la noche, Hildegarda, revistiéndose del más extraordinario valor, cogió el cadáver del oficial y con un esfuerzo sobrehumano lo sacó á rastras del escondite hasta colocarlo en medio de la cámara. Una vez allí, abrió de par en par las ventanas y miró con afán hácia afuera. Era una noche horrible; una gran tempestad se desencadenaba y de tiempo en tiempo se oían los rugidos del trueno. Hildegarda se felicitó interiormente de aquella terrible tempestad que le permitía desembarazarse del grave compromiso en que estaba y arrojar el cadáver de su desventurado amante por la ventana.

No era de presumir que á semejante hora, y con tal tiempo, pudiese ser vista por nadie. Una lluvia torrencial, impelida por un viento fuerte y huracanado, azotaba los recios muros del castillo. Hildegarda, juzgando que era llegado el momento oportuno de obrar, cojió valerosamente el cadáver, y haciendo un supremo esfuerzo, lo precipitó al exterior. Un fugaz y brillante relámpago alumbró esta escena de muerte y el horrible tableteo del trueno apagó el golpe producido por el cadáver al chocar en su caída con las piedras de la calle.

Aniquilada Hildegarda por el esfuerzo que habia hecho, y no pudiendo resistir la emoción inmensa que le habia producido el tener que abrazar un frio cadáver, llena de asco y de terror, cayó dentro de su cámara presa de un síncope ó fuerte desmayo que la tuvo privada de sentido durante muchas horas. Cuando volvió en sí, se vió en su lecho rodeada de su alta servidumbre, y á la cabecera estaba Carlo-Magno. En todos los rostros se veía pintada la más viva curiosidad, pues como nadie sabia lo que habia pasado, ni cómo habia sido la muerte del oficial cuyo cadáver se habia encontrado al pié de las ventanas de Hildegarda, y al mismo tiempo ésta habia sido encontrada exánime en su cámara con las ventanas abiertas de par en par, pensaban, y con razon, que solamente Hildegarda podia descubrir aquel misterio.

Cuando se dió cuenta de lo que pasaba, Hildegarda sintió que por todo su cuerpo circulaban los escalofrios de la fiebre. Comprendió que todas aquellas personas estaban deseosas de saber qué era lo que habia pasado, y coordinando sus ideas, empezó su relato

diciendo que sintiéndose mala durante la pasada noche, salió á la ventana para respirar el aire libre, y que de pronto oyó que una persona se quejaba; y como habia tempestad, pudo despues de un rato ver á la luz de un relámpago que dos bultos como de hombre huian, mientras que otro, revolviéndose entre el fango de la calle, pedia auxilio, todo lo cual fué suficiente para llenarla de terror, y que despues de esto no recordaba más sino que habia snetido un agudo dolor en las sienes.

Satisfizo la explicacion, y entonces la noticiaron cómo el muerto era un oficial de la guardia que habia sido encontrado tendido en mitad de la calle con la cabeza abierta en dos ó tres pedazos. Era este oficial muy querido de Carlo-Magno, por lo cual éste prometió castigar cruelmente al matador, si es que llegaba á descubrirse quién habia sido. Tembló la reina al oír esto; pero se tranquilizó pensando que era imposible que pudiese averiguarse la verdad, y aun cuando se averiguase, no era de creer que la cólera del rey descargase sobre la cabeza de su fiel esposa.

Tan pronto como Hildegarda se restableció de su indisposicion, corrió á ver á Zafira para entregarla el funesto anillo, y como Zafira sabia todo cuanto habia pasado, reconstruyó con la imaginacion la verdad del caso. Hildegarda, al devolverle el anillo, no dijo nada respecto á sus resultados, por lo cual Zafira le preguntó si habia hecho uso del talisman. Calló Hildegarda, y al cabo de rato dijo que sí lo habia experimentado, pero que no le habia dado resultado ninguno.

—¿Cómo no? exclamó Zafira; pues y la muerte del oficial de la guardia, ¿quién sino vos con ayuda del anillo la ha producido?

Aterrada la reina, negó ser verdad, y entonces Zafira refirió punto por punto lo que segun su imaginación habia tenido lugar, y que, como sabemos, era totalmente cierto. Suplicó Hildegarda que no la descubriese, y Zafira se lo prometió de muy buena gana, diciéndole que si hubiese hecho caso de sus advertencias no hubiera ocurrido aquella desgracia.

Con esto, la amistad de Hildegarda y Zafira creció más y más, en términos que más parecian hermanás que rivales, de todo lo cual se alegraba mucho Carlo-Magno, pues solo deseaba que sus amores ocultos con la bella Zafira no despertasen los justos celos de la reina.

La gran melancolía de Zafira se iba tambien disipando poco á poco en razon á que verdaderamente Hildegarda era su esclava, merced al anillo que le habia prestado y á saber que habia sido ella la que sin pensarlo habia matado al bravo oficial de la guardia, cuya muerte deseaba vengar tan cruelmente el valeroso Carlo-Magno.

De esto modo, Hildegarda quedaba á merced de Zafira, pues bastaba una sola palabra de esta para que la reina, aun cuando sin culpa, se viese acusada y deshonorada á los ojos del Emperador y



de toda la corte, pues muy difícil había de ser á Hildegarda el justificarse y mucho más el explicar cómo había sido la presencia en su cámara del oficial difunto. Por todas estas razones, Zafira, que no era mala ni tenía pensamiento de hacer mal uso de su descubrimiento, estaba satisfecha y contenta, pues su aspiración principal consistía en poder disfrutar tranquilamente de su amor sin que nadie pudiese amargarle su dicha.

El Emperador cada día estaba más enamorado de la romana, y se comprendió bien, porque Zafira tenía unos ojos tan dulces, un encanto tan irresistible en su cabeza y una belleza tan extraordinaria, que no parecía sino que el génio de los amores flotaba constantemente á su alrededor derramando sobre ella á manos llenas gracias y seducciones infinitas. Por su parte, era Carlo-Magno un tipo de belleza varonil perfecta. Sus negros y rasgados ojos fascinaban y parecía destacarse de su cabeza una aureola de gloria y de valor inmarcesibles.

Por el contrario, Hildegarda, que tenía mucha más edad que Zafira y que había dado al rey de los galos robustos é ilustres vástagos, empezaba á ver marchitarse su antigua belleza, y de día en día perdía mayores encantos. El suceso del oficial le había producido mucho terror, y esto unido á otras causas, amenguó mucho su vigor, en términos que se la veía envejecer rápidamente.

Todo esto, unido á la gran belleza de Zafira, hacía que Carlo-Magno estuviese cada día más enamorado de la hermosa romana, y como no se cuidaba gran cosa en ocultarlo, empezó Hildegarda á sospechar las infidelidades de su esposo y á encelarse, y á sufrir y llorar amargamente con el temor de que fuese Zafira la que le robaba el amor del Emperador, que seguía ignorando la verdadera causa de la muerte del más bravo, aguerrido y estimado oficial de su guardia.

## CAPÍTULO V.

En el que se refieren las tribulaciones de Hildegarda, la ambición de Gaulo y la desgracia de Zafira.

Bien comprendía Hildegarda que su esposo Carlo-Magno iba estando con ella cada día más indiferente y frío, y por esto pasaba ratos muy amargos pensando si consistiría esta indiferencia en que Zafira le hubiese revelado la historia del fallecimiento del bravo oficial de la guardia; así es que no se atrevía á preguntarle á su esposo la causa verdadera de sus desvíos.

Y no era ciertamente que Zafira hubiese dicho nada al rey de los galos respecto á la muerte del militar, la causa de sus desvíos con Hildgarda, sino que Carlo Magno cada día estaba más dominado por la belleza, juventud y gracia de la hermosa romana, en términos que para él no había en la tierra mujer más hermosa que Zafira; ni perfume más grato que el aliento que de su boca exhalaba, ni brillo más intenso que el que despedían sus ojos. La reina, que siempre había considerado á Zafira como una fiel amiga suya, que hasta entonces había tenido, como se suele decir, una venda en los ojos que la impedía ver los amores de su esposo y de la bella italiana, empezó á desconfiar y á ver claro y, en suma, á comprender la verdad de lo que ocurría.

Entretanto su antiguo confidente Gaulo no hacía más que importunar á Hildgarda reclamándole todos los días el cumplimiento de su promesa, como justo premio al gran servicio que le prestó cuando fué á enterarse de lo que ocurría en la cacería del Emperador el día que éste estuvo á punto de perecer en las garras de un fiero búfalo. La reina, que empezaba á sentir de nuevo el aguijón de los celos, comprendió que no le convenía satisfacer desde luego los vehementes deseos de Gaulo, y así, para tenerle más seguro, le iba entreteniendo aplazando sus esperanzas de ser obispo de una de las diócesis que habían quedado vacantes.

—Señora, decía el pobre Gaulo; bien, sabéis que me prometisteis la sede episcopal de Rinberg, para cuando el anciano obispo que la desempeñaba falleciese. Pues bien; el venerable anciano ya ha muerto, y su silla está vacante, y es ocasion de que me cumplais la promesa.

A todos estos razonamientos, contestaba siempre Hildgarda con muchas evasivas.

—No hay prisa, exclamaba; y el pobre Gaulo se desesperaba viendo que pasaba y pasaba el tiempo, y la anhelada mitra no venía. Tanto llegó á importunar á Hildgarda con sus pretensiones, que esta un día que estaba de mal humor le dijo:

—¿Quieres ver cuántos solicitan ese puesto que demandas? Pues vas á verlo. Y sin decir más, le ocultó detrás de unas grandes cortinas, y mandó dar audiencia á todos los pretendientes á la sede vacante.

Al poco rato empezaron á desfilar infinidad de personajes que todos alegaban grandes derechos para alcanzar la codiciada prebenda. Entre ellos los había oficiales nobles, señores de alta alcurnia, clérigos de todas categorías, y en fin, muchos golosos que ambicionaban el puesto. Todos ellos manifestaron las razones, derechos y motivos que en su sentir les hacía acreedores á obtener la codiciada sede, y uno tras otro impetraban de Hildgarda, muy condescritamente que interpusiese sus buenos oficios cerca de Carlo Magno, para que éste los prefiriese y nombrase, y con tales ahingas e instancias que lograron aburrir á la reina.



A tal grado llegó su porfía, que el abad Alcuino, un santo varón, que dirigía espiritualmente á la reina, inflamado en celeste cólera reprendió á los pretendientes, denigró sus pretensiones y los apostrofó en esta forma:

—Por Cristo, si el Emperador viese la ciega ambicion de que estais poseidos, ó habia de castigaros con su acero, ú os habia de maldecir. Confusos y avergonzados se quedaron ellos ante la reprehension de Alcuino, y entonces la reina, descorriendo las cortinas que ocultaban á Gaulo, le dijo:

—¿Está curada tu ambicion?

El mísero Gaulo, prosternándose ante Hildegarda, pidió disculpa para sus pretensiones, y todos sus rivales al verle en aquella humilde manera y con tan escasos merecimientos, se rieron de él haciéndole blanco de sus burlas.

Irritado Alcuino, viendo que se mofaban de la humildad de Gaulo, gritó con acento profético:

—*Dios abate á los soberbios y á los humildes exalta*, á cuya voz se retiraron confundidos todos los cortesanos. Gaulo iba tambien á retirarse creyendo que habia caido de la gracia de la reina; pero en el momento en que se disponia á salir, fué detenido y con grandes agasajos se le hizo comprender que á él no se le habia despedido de palacio, con lo cual volvió á su corazon la esperanza, si bien se sintió curado de aquella ambicion desmedida de que en un principio habia sido esclavo. Algunos dias despues, se celebraba en el palacio de Carlo-Magno, el aniversario de una de sus más grandes victorias, y con este motivo se prepararon solemnes fiestas, convites y regocijos públicos. Según la costumbre de aquellos tiempos, se dió á los pobres un gran banquete servido por personas principales, y despues empezó la verdadera fiesta dentro del castillo.

Llegada la hora de los convites, y despues de lavarse las manos, como era tambien su costumbre, el Emperador se sentó á la mesa y con él todos los grandes magnates y señores de su córte. Mientras tanto, el ilustre abad Alcuino, subido en una pequeña tribuna leía en voz alta los pasajes sagrados, en un libro de San Agustin titulado *La Ciudad de Dios*.

Cuando estaban todos en lo más culminante de la fiesta, apareció Zafira desgreñada y llorosa, buscando con afán por todas partes una cosa que se le habia perdido, mostrando tan grande sentimiento que puso en conmocion á toda la córte. ¿Qué es ello? le preguntaban todos; y ella llorando á lágrima viva contestaba:

—El anillo, mi pobre anillo que se ha perdido. Todos se echaron á buscarlo con afán, pero sus esfuerzos y diligencias fueron inútiles, pues el anillo no parecia por ninguna parte; Carlo-Magno, que sabia la mucha estima en que Zafira tenia su anillo, mostró gran pesar por ello, y viendo que los señores y la servidumbre de palacio no lo encontraban, se enfadó con ellos.

—¿Para qué tal sentimiento? decía Hildegarda á su esposo, alegrándose interiormente de la desgracia de Zafira. Comed tranquilo, señor, y dejad á esa italiana que busque su anillo.

Entre tanto Zafira, como una loca, recorrió todos los salones y habitaciones del castillo en busca de su preciada joya; pero en balde, porque el anillo no parecia por ninguna parte, en términos que parecia habérselo tragado la tierra. Disimuló Carlo-Magno su contrariedad, y por no dar que hablar, volvió á sentarse á la mesa afectando gran serenidad, pero en el fondo muy disgustado, porque tenia puestos sus ojos en la bella Zafira y tomaba gran parte en el pesar de esta.

Hildegarda, como si tuviera el presentimiento de que con la pérdida del anillo de Zafira habia de cesar el gran ascendiente que ejercía la romana sobre el ánimo de su esposo, no cabía en sí de gozo, pero disimuló su secreta alegría pensando que habia de llegar al fin una ocasion propicia de deshacerse de su rival y quedar ella sola, como era justo y debido, reinando como absoluta y única soberana en el corazon de su esposo.

## CAPITULO VI.

De cómo Hildegarda se deshizo de Zafira, y ésta se fué á vivir ocultamente á una casa en un bosque.

Con la pérdida del anillo coincidieron para Zafira los desdenes de Hildegarda y cierto enfriamiento en el amor que hasta entonces la habia profesado el emperador Carlo-Magno. Desconsolada Zafira, no hacía más que llorar y suspirar por su perdida joya, y sus lloros y suspiros enojaban á todos cuantos la escuchaban. Unicamente Carlo-Magno procuraba consolarla algo, pero sin fruto, pues no habia nada que pudiese alegrar tanto á Zafira como el recuperar su precioso anillo.

Por esta causa, Carlo-Magno llegó á enojarse con ella, pues bien se comprendía que por mucho que pudiera valer aquella sortija, nunca se podría comparar al del amor del rey de los galos. Decía el Emperador á su amante que no se apenase, que él le compraría cuantos anillos quisiese; pero Zafira no queria ninguno como no fuese el que á cambio de toda su fortuna le habia dado la hechicera que allende el Tiber habia vivido hasta entonces en una humilde y mísera cabaña. Nadie comprendía cómo era tan durable el desconsuelo de Zafira, pero era porque todos ignoraban, excepto Hildegarda y Zafira, que el dichoso anillo era un talisman infalible

para alcanzar el amor, la fortuna y la gloria; de modo que el desconsuelo de la romana nacía, no tanto de habérsele perdido el anillo, como de la certeza que tenía, que sin él le habian de volver la espalda aquellas tres cualidades; pues tenía por cierto que el Emperador dejaría de amarla, que sería pobre, y que había de vivir y morir olvidada de todos.

Comprendiendo la reina Hildegarda que la ocasion para desembarazarse de la romana no podía ser más propicia, empezó á intrigar cerca de su esposo para que la arrojase del castillo imperial, diciendo de ella que tenía pactos con el demonio, que había de traer la ruina y la perturbacion sobre el dilatado imperio de las Galias, y en fin, que era hasta una conveniencia de Estado el apartar á la pobre Zafira de aquel país. Carlo-Magno, que tenía un gran corazón y que era muy compasivo, defendió como pudo á la desventurada romana, pero como Hildegarda era su legítima esposa, no podía extremar los argumentos tanto cuanto hubiera sido menester para que Zafira no sucumbiese á los ódios y á la enemistad de la reina; la cual, con grandes aspavientos se apartaba de Zafira siempre que la encontraba al paso, como si llevara consigo la peste.

No perdonaba Hildegarda medio ni ocasion de humillar á la romana, y ésta, persuadida de que todo su infortunio provenía de la pérdida del anillo, llevaba con resignacion sus desdichas y no exhalaba la menor queja, viendo el duro trato que se la daba; antes por el contrario, todo lo daba por bien empleado con tal que no la arrojasen del castillo, donde se consolaba con ver al Emperador, y donde por otra parte se hallaba más cerca de su perdido anillo y con la esperanza de poderlo encontrar algun día.

Como Carlo-Magno amaba verdaderamente á Zafira, y la gran pasion que en su corazón ardía no podía apagarla y satisfacerla Hildegarda, porque estaba en el ocaso de su antigua belleza, resultó que el Emperador empezó á aburrirse y no sabía qué hacer. Un día, estando en la mesa, empezó á hablar de música, de fundaciones eclesiásticas, y vino á sacar á cuento la famosa capa de San Martin, que, segun las antiguas crónicas de Francia, solian llevar los reyes en sus guerras como prenda de salud y victoria en las batallas; de aquí fué corriendo la conversacion sobre otros puntos, y de pronto preguntó si había alguna sede vacante. El abad Alcuino le contestó en el acto que la silla episcopal de Rinberg estaba sin proveer á causa del fallecimiento ocurrido tiempo atrás del venerable prelado que la ocupaba. Carlo-Magno dijo que era necesario cubrir esa vacante, y que al efecto nombraba para ocuparla á Helton, reputado entre todos como el más digno y sábio para desempeñar tan privilegiado puesto. Dió orden de que le comunicasen la noticia y de que celebrase oficios en conmemoracion, pues quería hacer el nombramiento el día mismo de San Martin, su patrono.

Apenas oyó esto la reina Hildegarda se levantó muy enfadada, pues ella tenía pensamiento de haber nombrado á Gaulo, su confidente, para la sede vacante; pero no osando manifestar la causa de su enojo, á pesar de que Carlo-Magno le instó para que lo manifestase, se desahogó injuriando á Zafira, diciendo que no quería vivir á su lado, porque era extranjera, maga y nigromántica, y que así que había que determinar el modo como se marchase pronto de allí, pues si no sería ella la que se marchase.

Ante tal conflicto, el Emperador tuvo una entrevista á solas con Zafira, diciéndola que con sus lloros y suspiros tenía enojada á la reina.

—Ni las reinas, respondió Zafira, ni los búfalos me espantan.

En vano procuró el Emperador sosegarla y al fin le fué forzoso despedirla diciendo:

—Es necesario, para la paz de mi reino, que sin mayor dilacion salgas mañana del castillo.

Al escuchar estas razones, lejos de alterarse, lo que hizo Zafira fué serenarse, y limpiándose con la punta de su blanco cendal las lágrimas que habian rodado por su bello rostro, exclamó con digna altivez:

—Carlo, ya dejaste repudiada á tu primera esposa; ciego por mi dulce amor has engañado á la segunda. Ya solo te falta joh, monstruo de ingratitudes! que destierres á tu pobre Zafira, ó que mandes matar á esta pobre mujer que tanto y tanto te ha querido, que ha abandonado su país y su casa por seguirte, y á la que finalmente, debes la vida, toda vez que te libró de perecer entre las garras del fiero búfalo que te amenazaba de muerte.

Mucha impresion causaron al Emperador las razones de su amada, y reponiéndose algun tanto de la emocion que sentía, exclamó:

—Zafira, el enojo te ciega y pone hiel en tus palabras. La reina es mi esposa y la hemos ofendido muy gravemente; es preciso desagraviarla y eso y no más te pido.

—Entonces, ¿por qué me arrojas de tu reino? exclamó Zafira.

—Para desagraviar á Hildegarda, contestó Carlo; pero como yo no quiero que me acuses de ingrato, y es preciso que mi esposa quede en buen lugar ante los magnates de mi corte, lo mejor que se puede hacer es que finjas marcharte, y en una casa que está junto al bosque, rodeada de jardines, te establecerás y yo velaré por tí, y te veré secretamente.

—Está bien, dijo Zafira. No trato de imponerme, pues demasiado sé que el derecho de Hildegarda es más legitimo que el mio; pero no así mi amor que es tan grande el que yo te profeso que con nada puede ser comparado. Así pues, accedo á tus deseos é iré á ocupar la casita del bosque y me recrearé cultivando las flores del jardín esperando las anheladas horas de verte.



Quedó todo concertado de este modo, y Zafira se fué á vivir á la casa del bosque; creyendo Hildegarda que se habia alejado del país. Pero no fué así, sino que de allí adelante Carlo-Magno ideó cultivar las frescas plantas y fingió deseo de estudiarlas en el jardín de la casa del bosque; por todo lo cual se hizo botánico y todo el día se le pasaba en el jardín entregado, en apariencia, al cultivo de las plantas, pero en realidad entregado al amor de Zafira, cuya belleza era cada día mayor.

## CAPÍTULO VIII.

De cómo Gaulo, el confidente de la reina Hildegarda, alcanzó la silla de Rinberg, y de cuál fué la causa de su nombramiento.

Hetton, el obispo nuevo, era uno de esos caracteres animosos de que tan frecuentemente nos dan noticia las crónicas antiguas. Sacerdote y guerrero, era de un carácter impetuoso y habia tenido una juventud accidentada y borrascosa. Perteneciente á una de las más ilustres familias de la corte de Carlo-Magno, fué Hetton rápidamente ascendiendo en su carrera, llegando á tener una influencia extraordinaria, á la cual, y no á otra cosa, puede decirse, que debió su elevacion á la sede episcopal de Rinberg, que con tanto afan habia pretendido Gaulo, el confidente de la reina Hildegarda.

No podia ocultársele á la penetracion de Hetton, la gran importancia de su nombramiento, y guiado de su censurable fatuidad, hizo jactancia de su elevacion á la silla de Rinberg, y casi loco de alegría, quiso que se celebrase el acontecimiento con extraordinaria pompa y lujo, como si se tratase nada ménos que de la coronacion de un rey. Dispuso grandes festejos y convites, en los que se disiparon enormes sumas; vistióse de púrpuras ricas, de fabuloso valor, de sedas, é hizo preparar mesas muy largas y bien servidas para sus feligreses, y mandó que grandes corporaciones de músicos tocasen sin cesar variadas tocatas, y en suma lo dispuso todo para que su elevacion se celebrase con la mayor algazara y ruido.

Todo un ejército de domésticos y pajes se veia circular en torno á los convidados, llevando sobre ricas vajillas asados y empanadas. Los pasteleros, marmitones y soldados, que daban aspecto solemne á la fiesta; eran muchos y lucidos, así como el lujo de los vasos, porcelanas, perfumes, conciertos, flores, marfil, esmeraldas y oro. Toda una noche se empleó en este fastuoso convite, sor-

prendiendo el nuevo día á Hetton y á sus convidados entre las tazas y los vinos de aquella gran fiesta de la gila.

Mientras tanto, Carlo-Magno, según costumbre tradicional, celebraba modestamente, entre los caballeros más escogidos de su corte, la fiesta de San Martín, su patrono, asistiendo fervoroso al oficio de la sagrada vigilia, advirtiéndolo con pena que en la Santa Catedral faltaba el obispo nuevo de Rinberg, ó sea Hetton. Sin embargo, no por esto se descompuso la fiesta, y pudo observarse que al tiempo en que Hetton debía cantar con pausada voz el gran versículo: «*Señor, si útil á tu pueblo me hallas....*» nadie respondió ni osó suplir la falta de Hetton, en términos que el Santo oficio quedó interrumpido, pues todos callaron confundidos é irresolutos. Escandalizado Carlo-Magno, les mandó que siguiesen adelante en el salmo; pero todos en silencio se pusieron á temblar, sin proseguir ninguno el canto sagrado.

—Cante cualquiera, exclamó con un grito de amenaza; y entonces, con admiración y regocijo de todos, se puso á cantar Gaulo, que estaba oculto tras de un pilar, el sagrado responso, y los oficios continuaron. Fué general la sorpresa; pero la admiración de todos llegó al colmo cuando al finar el responso se puso á entonar los salmos con tal riqueza de expresión, que parecía su voz la voz profética del ciclo. En la oración dominical, al llegar á las palabras de «*Venga á nos el tu reino,*» los que dirigían el rezo, recelosos de la superioridad de Gaulo, respondían de mala gana: «*Que tu voluntad se haga.—En la tierra que habitamos.—Como tú en el cielo mandas.*»

Concluidos los oficios, y ya de vuelta en sus habitaciones el ilustre Carlo-Magno, se vistió con sus mejores ropas y atributos reales para solemnizar la fiesta de San Martín, y llamando á Gaulo, le preguntó bondadosamente:

—¿Quién te mandó que cantases?

—Vos, respondió con humildad Gaulo.

—¿Cómo yo? respondió el emperador; no recuerdo.

Y Gaulo repuso:

—Cante cualquiera, dijisteis, y sin tardanza fuisteis obedecido por mí.

—Muy bien, exclamó regocijado Carlo-Magno; me agrada tu humilde modestia tanto como me enoja ese orgulloso Hetton que ni á su Dios ni á su rey acata. Un hombre de tan groseras disposiciones no es digno de ocupar la ilustre silla de Rinberg, y desde ahora lo destituyo por sus disipaciones.

Calló Gaulo, y Carlo-Magno siguió diciendo:

—La silla de Rinberg solo puede ser ocupada por un varón docto como tú, ilustre Gaulo.

¶ Sorprendido éste de la merced, no sabía cómo expresar su gratitud, su reconocimiento y su sorpresa, y el rey continuó:



—Yo te nombro en lugar de Hetton para que gobiernes con tu sabiduría. Salve, obispo de Rinberg; ampara con santo celo á tu grey, que *Dios abate á los soberbios y á los humildes exalta*.

Y sin hablar más, retiróse á sus habitaciones, dejando á Gaulo agradablemente impresionado y lleno de la mayor confusion.

Esta señalada merced, en la que ya no confiaba Gaulo, le persuadió de la sabiduría de Alcuino, que habia avergonzado á los pretenciosos aspirantes echándoles en cara su soberbia y ambicion. Gaulo no se daba cuenta de tan favorable cambio, ni habia echado de ver que desde que una tarde, estando paseando por los jardines, vió brillar en el suelo un puntito, el cual era el destello de la piedra de un anillo, su suerte habia cambiado. Aquel anillo, que Gaulo recogió y colocó en un dedo, no era otro que el que habia perdido Zafira, y él, ignorante de las virtudes que poseia el talisman, empezó á experimentar sus efectos, toda vez que su antigua pasion por alcanzar la silla de Rinberg se habia disipado, convirtiéndose en humilde resignacion, la cual le condujo más rápidamente al premio de sus servicios que todos los afanes y esfuerzos de que antes habia hecho uso cerca de la reina Hildegarda.

Desde el momento en que Gaulo tuvo en su poder el anillo de Zafira, empezó á crecer en estimacion no solo entre los caballeros de la corte sino hasta en el mismo Carlo-Magno, quien escandalizado de los desmanes de Hetton, nombró á Gaulo, segun se ha referido, para ocupar la sede que tan mal dignificaba Hetton. Y precisamente como en su nuevo cargo de obispo necesitaba Gaulo un anillo, le vino muy bien encontrarse el de Zafira, y así no le abandonaba y lo llevaba siempre puesto en el dedo.

Edificaba Gaulo con sus virtudes, por lo cual Carlo-Magno le nombró en union con Alcuino, su consejero espiritual, con gran satisfaccion de la reina que le estimaba tambien mucho; y entre tanto Hetton, irritado por el gran desaire que se le habia hecho, se entretenia en soliviantar los ánimos del pueblo con el perverso fin de que se alzara en armas contra su legítimo rey y señor; pero no le valieron sus ardides, pues habiéndose enterado Carlo-Magno, le mandó poner preso y lo envió á un monasterio muy retirado, con órden expresa de que de allí no saliese en todos los dias de su vida.

Así se demuestra cómo la soberbia es muy mala consejera, y por el contrario, la humildad y el saber alcanzan más pronto ó más tarde su recompensa.



## CAPÍTULO VIII.

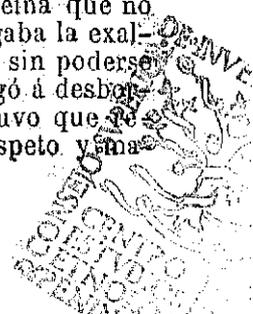
De la entrevista que tuvieron Gaulo y Zafira en la casita del bosque.

Consumida crudamente de sus horribles celos, cada día más ardientes, la desgraciada y triste reina Hildegarda, veía con pena los desvíos de su augusto esposo. Atribulado su corazón de la más honda pena é invadido su espíritu por las más acerbas inquietudes y más amargas penas, pasaba los días postrada de hinojos ante los altares, pidiendo á Dios se compadeciese de su triste situación.

La repentina marcha y destierro de Zafira, si bien la agradó en un principio, no dejó de alarmarla despues, viendo que su esposo el ilustre Carlo-Magno seguía repudiándola como antes, lo cual le hizo sospechar que la bella romana estaba escondida en algun lugar próximo en el que secretamente se veían, y creciendo más y más esta sospecha, puso atalayas y espías que vigilasen todos los pasos que daba el rey para ver si de este modo conseguía averiguar dónde Zafira se ocultaba.

Entre tanto, el rey de los galos, el valeroso é invicto Carlo-Magno, seguía cada vez más aficionado al estudio de la botánica, ó sea de las plantas, y entre sus experimentos, vagando por las florestas, se metía en la casita del bosque á hacer sus estudios en compañía de Zafira, que allí se encontraba oculta. La hermosa romana seguía inconsolable con la pérdida de su anillo, y mil veces por distraerla de su mal la decía Carlo-Magno que muy pronto llegaría el instante en que libre de amarga aflicción gozaria al lado suyo toda clase de dichas y honores, y sería dueña al par que de su corazón de una corona real y de infinidad de ciudades.

Bien comprendía Zafira que aquellas promesas no podían realizarse jamás por estorbarlo la existencia de Hildegarda, y así, se dolía muy tristemente de su cautiverio, diciendo que quería ser libre y volver á respirar el perfumado aire de su patria, la hermosa Italia. Volvedme á mi querida Roma, exclamaba sollozando la infeliz Zafira, donde pueda elevar mi frente con tranquilidad, y donde no tenga que verme precisada á esconderme de una reina que no puede competir conmigo en belleza. Y á tal punto llegaba la exaltación de Zafira siempre que de la reina hablaba, que sin poderse contener la llenaba de injurias y denuesos. Tanto llegó á desbordarse un día en su odio hácia Hildegarda, que el rey tuvo que prenderla diciendo que hablase de la reina con más respeto y ma-



yor comedimiento. Ella, al oír estas razones, y exasperada creyendo que en la pérdida del anillo estribaban todas sus desdichas y el desvío de Carlo-Magno, se desató en insultos contra su rival, y el rey escandalizado tuvo que retirarse y decirle que para que se calmase le había de enviar un santo varón cuyas virtudes y consejos acallaban las pasiones turbulentas con voz de divina gracia; que le refiriese sus culpas con entera satisfacción para que la bendijera.

Sola se quedó Zafira deliberando entre si los medios de salir pronto de la triste situación en que se encontraba. Asaltaban á su imaginación calenturienta horribles espectros, veía por do quier los gusanillos roedores de las tumbas y un ferviente deseo de morir le perseguía á todas horas. Muchas veces contemplaba con fruición entre sus dedos el fatal anillo envenenado que proporcionó la muerte al oficial de la guardia y exclamaba:—¡Ah! No es esta la preciosa joya que me dió la hechicera de la cabaña allende el Tíber. Aquel preciado talisman ha desaparecido; con él perdí mis glorias; sin él todos mis esfuerzos serán inútiles y fracasarán. Es forzoso morir y renunciar á los bellos proyectos de amor y ventura que un día acaricié con tanto entusiasmo. ¡Adios, sueños de ambición! ¡Adios, Italia; mi patria querida! ¡Adios, adorado Carlo! ¡Que mi sangre caiga gota á gota sobre mi odiada rival, sobre la altiva Hildegarda! Ya iba la infeliz Zafira á aplicarse á los labios el anillo emponzoñado, para darse la muerte, cuando la puerta de su habitación giró sobre sus goznes, dando paso á un venerable sacerdote. Era Gaulo, el obispo de Rinberg.

—¿Quién os envía? preguntó contrariada la bella cautiva.

—Carlo-Magno, el ilustre rey de los galos, respondió tranquilamente el antiguo confidente de Hildegarda.

—¿Y qué pretendéis? continuó preguntando Zafira.

—Vengo, replicó Gaulo, á libraros de las asechanzas y sugestiones del espíritu infernal que os aconseja y daña. Carlo-Magno, que desea vuestro bien, me ordena que os confiese y cure de vuestras dolencias morales; él es quien me ha dicho, que á partir del momento en que fué preciso separaros de la vista de Hildegarda, no cesan vuestros labios de proferir ofensas para la noble reina, y que además no cesáis de lamentaros noche y día de la pérdida de un anillo en quien vuestra credulidad veía un precioso talisman de amor, gloria y fortuna, dones privilegiados que solo la bondad divina concede por medio sobrenatural sin valerse del mentido influjo de falsos talismanes.

—Es verdad, es verdad, suspiró tristemente Zafira. De ahí arrancan todas mis desdichas, y es tal mi sentimiento por haber perdido tan preciosa joya, que al que me la devolviese, le entregaría si quisiese una mano, aun cuando hubieran de cortármela á golpe de hacha.

Y al decir esto, la pobre cautiva alargaba su blanca y diminuta

mano en uno de cuyos dedos estaba colocado el anillo emponzoñado, cuyo veneno iba á beberse en el momento mismo en que penetró Gaulo.

Este contempló un momento las luces que se despedían del anillo fatal y exclamó:

—¿No es ese el anillo cuya pérdida tanto os ha hecho sufrir?

Iba á decir Zafira que no, pero una idea repentina la asaltó de pronto; al ver que Gaulo se disponía á quitárselo, y pensando si acaso sería enviado por Hildegarda para volver á poseer de nuevo el funesto anillo, se contuvo y dijo:

—¿Para qué lo queréis?

—Es una alhaja maldita, murmuró Gaulo, que os perturba y seduce y es preciso que os apartéis de ella y del fatal influjo que sobre vos ejerce: dádmele.

—No, dijo Zafira resistiéndose á las insinuaciones de Gaulo.

—Es preciso, repuso este; y debo conjurar los encantos maléficos que posee para libraros de su influjo, haciendo sobre vuestro cuerpo cruces santas y bendiciones. Pero para que el favor del cielo caiga sobre vos, es preciso, añadió Gaulo, que me digáis la virtud infernal que tiene ese anillo por cuya pérdida tantas lágrimas habeis derramado. Además, si reveláis esos secretos cesará vuestro cautiverio y sereis libre como antes.

—¿Quién, pues, se interesa por mí? dijo Zafira.

—Hildegarda, contestó solemnemente Gaulo.

Zafira no pudo contener un movimiento de asombro y Gaulo siguió diciendo:

—Sí, no lo dudeis, Hildegarda se interesa por vos, y anhela reanudar la antigua amistad que os unia. Decidme, pues, con toda tranquilidad el secreto del talisman.

Disimulando su alegría, Zafira refirió á Gaulo cuanto habia dicho anteriormente á Hildegarda, respecto á la virtud del anillo, pero como entonces, atribuyendo las buenas cualidades al anillo emponzoñado. Despues que hubo referido que con él se alcanzaba la gloria, el amor y la fortuna, añadió:

—Ved por qué yo tanto tiempo soy adorada de Carlo-Magno. Tiene en su secreto un filtro, con un olor que embalsama, y es preciso respirarlo para que produzca los efectos.

Gaulo, despues de una pausa, exclamó con acento piadoso:

—Dadme ese anillo al instante; sois pecadora, os engaña Satanás el tentador con mentiras y brujerías.



## CAPÍTULO IX.

De cómo el rey quedó viudo, y Zafira murió despues de recuperar su anillo, y cómo éste fué á poder del abad Alcuino.

Viendo que Zafira no estaba dispuesta á desprenderse de aquel anillo, Gaulo intentó arrebatárselo de los dedos, y con el movimiento que hizo mostró el que él llevaba puesto, conociendo al punto Zafira que era aquel su talismán. Muda de sorpresa disimuló su alegría, y de pronto dijo:

—Bien, os daré mi anillo; pero seamos justos. Puesto que este que yo llevo está influido por el espíritu maléfico de Satanás, dadme en cambio el que vos teneis puesto, y que seguramente estará bendecido, pues sois obispo de Rinberg.

Gaulo, que deseaba cumplir la mision del rey del mejor modo posible, y sin sospechar la causa que decidía á Zafira á solicitar aquel cambio, aceptó gustoso, y quitándose el anillo que se habia encontrado, se lo entregó á Zafira, recibiendo en cambio de ésta la sortija emponzoñada. Satisfecho de su cometido y despues de referir á Carlo-Magno el resultado de su entrevista con Zafira, fué á visitar á la reina Hildegarda y le regaló el anillo emponzoñado en agradecimiento al influjo que creia haber hecho en su favor para alcanzar la silla vacante de Rinberg; y como Gaulo refirió minuciosamente el sécreto de la sortija, Hildegarda, que estaba desesperada con los desvíos de su esposo, llena de agradables esperanzas aspiró todo el perfume del anillo sin que se evaporase nada. Tres días despues la reina se quedó muerta en su lecho, y de su envenenamiento se divulgaban mil cuentos. Gaulo, consternado y triste, se ausentó del palacio; mientras Zafira, nuevamente entronizada, respiró libres auras de amor y de gloria, gozando de la adoracion de Carlo-Magno sin que ninguna rival le disputase su dicha.

De nuevo, y pasado algun tiempo de la muerte de Hildegarda, volvió Carlo-Magno á la vida de molicie y abandono á que anteriormente se habia entregado, sin acordarse de las guerras ni pensar en ceñir su victoriosa espada. A tal extremo llegó el ócio del rey de los galos, que su consejero el venerable abad Alcuino le reprendió severamente porque le habia encontrado solazándose con Zafira; pero Carlo-Magno, lejos de escucharle, no le hizo caso. Zafira, sin embargo, escuchó aterrada la voz profética de Alcuino, y tanta impresion le hizo, que estando embarazada se le presen-

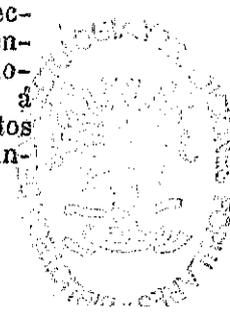
zaron alarmantes síntomas de aborto. Cayó enferma, y en sus delirios se acusaba de haber envenenado á Hildegarda, y en pocos dias se puso tan grave, que se moria á marchas forzadas. Carlo-Magno no se apartaba un momento de la cabecera, y solo consintió en retirarse para que el abad Alcuino auxiliase espiritualmente á la moribunda.

Recordaba Zafira el dicho de la hechicera de que puesto el anillo mágico en la boca á la hora de la muerte, conseguiría que su recuerdo la sobreviviese, y juzgándose á solas y sin reparar que Alcuino la estaba observando recatado tras de unas cortinas, se quitó el anillo del dedo, y despues de besarlo mucho, se lo metió en la boca; espirando momentos despues, casi al mismo tiempo que Carlo-Magno penetraba en la habitacion de su amada con los más reputados médicos de su reino. Al ver muerta á la infeliz Zafira, el rey de los galos se desespera y exalta; seguirla quiere á la tumba y llora desconsoladamente sobre su frio cadáver. Y fué su dolor tan intenso, que cuando vinieron los sepultureros por el cadáver de la hermosa romana, se volvió muy airado hácia ellos diciéndoles que no se dejaria arrebatar impunemente tan preciados restos, por lo cual ellos tuvieron que retirarse sin cumplir su cometido, mientras el afligido Carlo-Magno se abrazaba al cadáver de Zafira, sollozando de pena.

Rendido por fin á su propio dolor, quedóse dormido el rey sobre el féretro de su amada, y entonces Alcuino se acercó al cadáver, y lleno de curiosidad por haber visto á Zafira que se ponía el anillo en la boca, la registró y abrió los labios, y encontró allí la preciada joya que tanto y tan poderosamente habia influido en su suerte y que de tal modo habia contribuido á subyugar en su beneficio la voluntad del poderoso Carlo-Magno.

Alcuino púsose á orar, arrodillándose cerca del rey mientras guardaba cuidadosamente el anillo de Zafira, y poco despues, despertó Carlo-Magno, el cual viendo al venerable abad en aquella actitud, le pidió le bendijera y perdonase sus extravíos, ordenando que sacasen inmediatamente de allí el cadáver y lo sepultasen.

Desde aquel momento fué creciendo el ascendiente de Alcuino en la córte de un modo tan asombroso que en poco tiempo fué nombrado ministro universal del reino y árbitro supremo de los destinos de aquel pueblo y de la voluntad de su soberano. Carlo-Magno volvió á tener pensamientos de conquistador y á tener horror á la holgura y á la molicie y todo lo cual llenaba de satisfacción á sus buenos vasallos y, sobre todo, á Alcuino, cuya rectitud y sabiduría no se vió eclipsada por las dulzuras de su encumbramiento. Trató Alcuino de ejercer su influencia sobre Carlo-Magno en sentido que fuera provechoso al reino, y así le indujo á que protegiera las ciencias y las artes, fundando establecimientos públicos donde se fomentase la enseñanza. Tambien quiso dar in-



cremento á las obras públicas, y como entonces el reino de las Galias no tenia verdaderamente una capital que le pudiese servir de corte y de residencia fija, le imbuyó á que designase aquel punto llamado de Aix la Chapelle como la capital de su reino y que empezasen las construcciones y las obras públicas para dar trabajo á los jornaleros.

Siguió Carlo-Magno punto por punto los sábios consejos de Alcuino y en poco tiempo empezaron á levantar infinidad de edificios y palacios que dieron ocupacion á los braceros y hermosura y magestad á la poblacion. El pueblo todo deliraba de entusiasmo por su rey y bendecía la hora en que habia tomado por consejero al abad Alcuino, quien con sus indicaciones prudentes habia promovido una reaccion favorable en el ánimo del monarca, consiguiendo sacarle del estado de postracion y abatimiento en que se encontraba.

Mientras tanto el rey no descuidaba organizar sus ejércitos, y cuidaba con particular esmero de todo lo conveniente al abastecimiento de las tropas. Eran sus soldados muy aguerridos y de gran lucimiento, así es que su ejército gozaba de un prestigio universal, y como estaba madurando Carlo-Magno un plan de campaña, mientras lo maduraba dispuso que las tropas se ejercitasen y moviesen como para prepararse á próximas conquistas. En suma, que la influencia de Alcuino, se dejaba sentir de un modo provechoso en todos sentidos, pues hasta las rentas públicas crecieron de tal modo que el reino llegó bajo su égida á una prosperidad tan grande cual nunca se habia conocido.

A Alcuino no le satisfacía, sin embargo, su valimiento y le mortificaba la idea de que todo aquel poder no le habia alcanzado por sus propios méritos, sino por haber caído casualmente en sus manos el preciado talisman de Zafira. Esta consideracion le traía tan cabiloso y mal humorado, que mil veces le habian entrado deseos de destruir el anillo; pero el temor de que todos los beneficios que á la sazón estaba experimentando el reino por su influjo se desvaneciesen como el humo, le contuvo, obligándole á seguir sacrificándose en aras de la patria. Hé aquí como el anillo de Zafira vino, andando el tiempo, á producir prosperidades á todo un pueblo y á influir en los destinos de Carlo-Magno de un modo tan poderoso.



## CAPÍTULO X.

En el que Alcuino se deshace del anillo, y se refiere de la manera extraña y curiosa como fué á parar á Carlo-Magno, en cuya grandeza influyó.

No podia resignarse el docto Alcuino á la idea de que debia su encumbramiento al encantado anillo de Zafira, y su constante preocupacion era renunciar los honores y la privanza que disfrutaba, pues siendo sus ideas tan piadosas, no cabia en su corazon deber á hechicerías y talismanes una consideracion que solamente por sus méritos le hubiera agrorado tener.

Desde el lance del anillo vé que el rey le agasaja y le mimaba, colmándole de favores, alabanzas y profusion de mercedes. Era sábio Alcuino, y recelaba á sus solas de sí mismo, de su alta posicion, y atormentábanle la conciencia sérios escrúpulos y profundos remordimientos, acordándose de la manera como habia llegado á su poder el anillo de Zafira, que lo habia arrebatado de la boca del cadáver de la romana. Pensaba además que si aquel anillo habia comprometido el dilatado imperio de Carlo-Magno y el buen nombre del rey de los galos, solo con estar al servicio de una aventurera como Zafira, ¿quién sabe lo que podria suceder si por cualquier circunstancia volvía aquella sortija á caer en manos de otra mujer que se encumbrase con su posesion, acabando la obra de ruina emprendida por la bella italiana? Y esto era tanto de temer, por cuanto cabalmente entonces empezaba á dominar al rey con sus seducciones y gracias una mujer de mucha resolucion llamada Fastrada, hija del conde Rodolfo.

¿No podria la nueva favorita llegar á saber el talisman de la sortija, y pedirla y hacerse invulnerable con ella? Alcuino todo lo temia. ¿Qué desórden habria en palacio! ¿Cómo vendrian abajo todas las buenas reformas llevadas á cabo por Alcuino! ¿Qué trastornos habria por todo el reino! ¿Qué mudanzas! Solo habia un medio de evitar estas terribles eventualidades, y era destruir aquel anillo hechizado, puesto que su virtud ya no era necesaria, y antes al contrario, pudiera muy bien ocurrir que tantas prosperidades se disipasen como el humo en cuanto la sortija cayese en poder de la favorita.

Si Alcuino habia tomado el anillo de la boca misma de Zafira, no fué por otra cosa sino por librar á su buen rey de las tramas del infierno. La posesion del anillo era, pues, por todo extremo peligrosa. Alcuino pensó arrojar la sortija en un horno para que él

fuego consumiese el talisman ó filtro que encerraba; pero luego mudó de parecer, y en un largo paseo que dió alrededor de un grande y profundo estanque que habia delante del palacio, rodeado de hermosos y bellos jardines, miró el buen abad con mucha atencion los cavernosos fondos del estanque, persuadiéndose de que su profundidad era tal, que ningún buzo, por experto que fuese, se atreveria á sondearla. Rápido como el pensamiento, se quitó el anillo y lo lanzó con furia á los profundos abismos del estanque, y en las conmovidas aguas se dilató un círculo al caer el anillo.

Libre ya de aquel peso, respiró con satisfaccion como si hubiera asegurado para siempre la grandeza y prosperidad del imperio, y satisfecho de sí mismo se encaminó con paso reposado hácia el palacio. Ya cerca, vió que Carlo-Magno estaba asomado á una ventana, y le dijo con dulce reconvenccion:

—¿Qué haceis, señor, en la ventana? La humedad es muy grande y el viento al anochecer está impregnado de miasmas morbíficos que son perjudiciales á vuestra salud.

—Estoy contemplando, respondió el rey, las cristalinas aguas del estanque y el bello espectáculo que ofrecen al ser heridas por los rayos del sol poniente.

Alcuino calló mudo de sorpresa, y el rey continuó diciendo:

—¿Qué hermoso cuadro ofrece el estanque! La superficie parece un manto de fuego; las aguas brillan como nunca y forman un encantador conjunto. Mirad, Alcuino, ¿no veis que parece como si fueran devoradas por un atroz incendio? Volvióse Alcuino, y en efecto, se presentó á su vista un espectáculo maravilloso; cual si fueran gotas de oro, brillaban en la superficie del lago multitud de reflejos de una grandeza incomparable.

—¿Hace mucho, preguntó, que estais contemplando este bello panorama?

—No, ahora mismo, al asomarme en el instante que vos veniais.

Discutieron acerca del fenómeno que ofrecia el estanque, y Alcuino no se atrevió á referir que habia arrojado al fondo el anillo de Zafira, y Carlo-Magno entusiasmado dió orden para que al día siguiente se le preparase un pequeño batel, pues queria recorrer la superficie del lago y contemplar de cerca el maravilloso fenómeno que ofrecian las aguas.

Al siguiente día, segun lo habia pensado, el Emperador se embarcó con su séquito en el lago recorriéndolo en todas direcciones, sintiendo un regocijo tan extremado que no le cabia en el cuerpo. Todos los días iba allí, y se hizo pescador, y los palaciegos por adularle se hicieron tambien pescadores, viéndose por doquier tendidas hermosas redes, anzuelos y todo el aparato de pesca necesario.

✓ Pasaron dos años de estos entretenimientos, y no parecia sino

que Carlo-Magno estaba enamorado del estanque, según lo mucho que lo frecuentaba. Al cabo de ese tiempo recibió grandes presentes y regalos que le enviaba el sultán de Persia, Abdalá, en telas, perfumes, pieles, piedras y metales preciosos. Con tal motivo quiso festejar á los emisarios persas, y en aquel día de gala, platos de esquisito gusto se veían con profusion en la mesa del rey. Entre todas las viandas llamaba sobre todo la atención, una murena de extraordinario tamaño, que es un pescado de agua dulce, muy estimado, la cual murena tenía la particularidad de haber sido pescada por el rey en el estanque, así es que Carlo-Magno, que estaba orgulloso de aquel plato, volviéndose en el banquete hacia los convidados, les dijo:

—Siendo esa murena pescada por mi mano debeis gustarla con satisfacción, y así tendreis motivos de decir á vuestro señor el sultán Abdalá, que Carlo-Magno lo mismo sale victorioso en las aguas con el anzuelo, que en el campo con la espada; y que á los más monstruosos peces los despedaza y abre con la mayor energía que su padre el rey Pipino desquijaraba los leones. Esto diciendo Carlo-Magno, se armó de un cuchillo y en un santiamén abrió la murena.

Todos quedaron asombrados y él más que ninguno, al ver en el vientre del monstruo un precioso anillo que no era otro que el que había arrojado Alcuino al estanque, el mismo por cuya pérdida tanto había llorado Zafira, el mismo que se encontró Gaulo, el mismo que la hechicera de la cabaña del Tiber había vendido á la bella romana á cambio de todos sus bienes y fortuna.

Maravillado el rey de los galos con tal encuentro, y regocijado al reconocer en aquella prenda la que tanto había estimado en vida su amada, se lo puso y le tuvo desde entonces en gran aprecio, y empezó á ser tan invencible en las batallas y á verse tan favorecido de la fortuna desde entonces, que dejó universal fama como conquistador y como rey, pues á su muerte era el imperio de las Galias el más poderoso y grande que se conocía.

Esta es la historia fabulosa del anillo de Zafira, tal como la refieren las crónicas francesas y que ha dado lugar á muchos romances, la cual aquí se refiere con la mayor fidelidad para noticia y enseñanza de las gentes.

FIN.



# HISTORIAS QUE SE HALLAN EN EL MISMO DESPACHO

<u>Páginas.</u>	<u>Capítulos.</u>
Oliveros de Castilla y Artús de Al- garve.....	5 3
Excmo. Sr. General D. Arsenio Martínez Campos.....	5 3
El caudillo carlista D. Ramón Ca- brera .....	5 3
El general Espartero, duque de la Victoria y de Morella.....	5 3
Carlo Magno y los doce Pares de Francia.....	4 3
Roberto el Diabolo.....	4 3
El Conde Partinoples.....	4 3
Clamades y Clarmonda ó el Caballo de madera .....	4 3
Flores y Blanca Flor.....	4 3
Pierres y Magalona.....	4 3
Aladino ó la Lámpara maravillosa. Bertoldo, Bertoldino y Cacaseso.....	4 3
El Nuevo Robinsón.....	4 3
Napoleón I, emperador de los fran- ceses.....	4 3
D. Martín Zurbano.....	4 3
Doña Blanca de Navarra.....	4 3
Oriando Furioso.....	4 3
Simbad el Marino.....	4 3
El sitio y defensa de Zaragoza.....	4 3
Anselmo Collet .....	4 3
Subterráneos de la Alhambra.....	4 3
Romancero de la guerra de Africa en 1859 á 1860.....	4 3
Gil Blas de Santillana.....	4 3
Guerra civil del año 1871 al 1876... El Pastelero de carne humana.....	4 3
Los secuestradores de Lucena.....	4 3
Candelas.....	4 3
Saballs.....	4 3
Carlos VII.....	4 3
Pedro Ramón Claram.....	4 3
Los ladrones de mar.....	4 3
El anillo de Zafra.....	4 3
La oreja del Diabolo.....	4 3
La muerta fingida.....	4 3
La hija del rey de Hungría.....	4 3
El Pirata Negro.....	4 3
El caballero del Aguila Roja.....	4 3
Los Juanillones.....	4 3
Melchor de la Cruz (a) El Diabolo... El corregidor de Almagro.....	4 3
El caballero sin cabeza de Valdor- mido.....	4 3
Juan Pulgón.....	4 3
D. Diego León.....	3 3
El conde de Montemolín.....	3 3
D. Tomás Zumalacárregui.....	3 3
D. Pedro el Cruel, rey de Castilla... Bernardo del Carpio.....	3 3
Cristóbal Colón.....	3 3
Hernán Cortés.....	3 3
Los siete infantes de Lara.....	3 3
D. Pedro de Portugal.....	3 3
La doncella Teodora.....	3 3
La heroica Judith.....	3 3
Noches lúgubres, de Cadalao.....	3 3
Matilde y Malek Adheb.....	3 3
Abelardo y Eloisa.....	3 3
Ricardo ó Isabela.....	3 3
El marqués de Villena ó la Redoma encantada.....	3 3
Elisa ó la rosa blanca encantada... El conde de las Maravillas.....	3 3
Santa Genoveva.....	3 3
El Nuevo Navegador ó la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.....	3 3
El Gran Capitán Gonzalo de Cór- doba.....	3 3
El Bastardo de Castilla.....	3 3
Tablante de Ricamonte y Jofre Do- nasón.....	3 3
La Hermosa de los cabellos de oro.. La Guirnalda milagrosa.....	3 3
Los siete sabios de Roma.....	3 3
Guerra de la independencia espa- ñola.....	3 3
Los Niños de Eciija.....	3 3
Doña Juana la Loca.....	3 3
El Toro blanco encantado.....	3 3
El príncipe Selim de Balsora.....	3 3
Las dos doncellas disfrazadas.....	3 3
El Santo rey David.....	3 3
Julio y Zoraida.....	3 3
El Mágico Rojo.....	3 3
La Urraca ladrona.....	3 3
Diego Corrientes.....	3 3
Aurelia y Florinda.....	3 3
El general Prim.....	3 3
Ana Bolena.....	3 3
Cornelia ó la víctima de la Inquisi- ción.....	3 3
La Diosa de los mares.....	3 3
Viajes aéreos.....	3 3
Jaime el Barbudo.....	3 3
Rosa Samaniego.....	3 3
Pincha-uvas.....	3 3
El casto José.....	2 3
El viejo Tobias y el joven su hijo.. El valeroso Sansón.....	2 3
La Creación del mundo.....	2 3
El Diluvio universal.....	2 3
El Juicio universal.....	2 3
San Alejo.....	2 3
San Amaro.....	2 3
San Albano.....	2 3
Nuestra Señora de Montserrat.... El marqués de Mantua.....	2 3
Francisco Esteban el Guapo..... El sortador de cabezas.....	2 3

